

El racismo y un espejo

Joaquín Gutiérrez



Volvió a la carga la profesora Powell. Comienza su artículo con una extensa exposición de lo que ella cree que es el materialismo histórico. La esencia de su argumentación es el concepto, que repite no menos de seis veces, de que todo individuo responde a una programación anterior de la cual no puede escapar. Define la clase dominante como lo que controla los programas. Y dice —¡ya, ay!— que el papel de los modos de producción es "preservar los valores de la cultura".

Toda esa confusa exposición, mezcolanza de determinismo mecanicista con añejo idealismo, se mueve tan sólo entre conceptos ideológicos, escamoteando las relaciones realmente determinantes, las que conforman la estructura económica de la sociedad, las que determinan su división en clases.

Consecuente con esa visión, en ningún momento la Profesora recuerda a nuestros negros de Cahuita, de Matina o de Cieneguita (¡ah, no, ella ya es toda una profesora!) a los que yo me refería en extenso en mi comentario anterior. Más aún, subraya que ella no nació en Limón, que ella nació en Sarapiquí, como diciendo: ¡no me confundan!

Si el racismo es un problema económico social, hay que atacarlo en esa raíz fundamental. Y no hay que olvidar, cómo ella olvida, que si bien la clase dominante imprime su sello a las manifestaciones superestructurales en una sociedad dividida en clases, también existe la ideología, a la que es dable adherir mediante la crítica científica de la ideología dominante. Y que, fortalecidas y enriquecidas con esa ideología, las clases dominadas han logrado ya nada menos que liquidar el capitalismo en una tercera parte del mundo.

Sí, Profesora, no son programaciones fatales; son condicionamientos de los cuales es posible escapar, como lo han hecho decenas de miles de intelectuales, entre los cuales debemos recordar a César Vallejo, Pablo Neruda, Bertold Brecht, Lu Sin, Paul Robeson, Rafael Alberti, Louis Aragón, Paul Eluard, Diego Rivera, etc. etc. Todos ellos y miles más, si no les fue dado escoger su cuna, si supieron escoger su vida y, con ella, su visión del mundo y su obra.

Por otra parte, nuestra Filóloga no sólo "filósofa" y "sociologiza" sino que, además, nos confiesa muy onrada que desde *principiante* ella sabe distinguir entre la obra literaria y la vida de un autor. Un día cualquiera me va a leer también el Tarot.

Pero en la realidad, en la vida, no es así. Se piensa como se vive y no al revés. Y la tarea de un escritor, y más aún de un escritor de izquierda, no es, como ella dice, de manera tan cursi "un solaz del espíritu".

Pero vamos a "Cocorí" que no quiero alargarme.

¿Ha pensado Usted alguna vez, señorita filóloga, en cuál es el tema de Cocorí? Se lo voy a contar: es su descubrimiento de que una rosa —la belleza, la verdad— tiene una vida precaria en este mundo nuestro y que en cambio, vegetan satisfechos y longevos la prepotencia, la presuntuosidad, el dominio abusivo de los fuertes, el poder de los inútiles malignos. Ese es el contenido. Y el pequeño héroe de la novelita que lo descubre (del que usted se burla por ello) corriendo muchos peligros en la selva, es un negrito. Y que ese negrito, gracias a eso, se gana el cariño y la admiración de los niños de aquí y de muchos países.

Pero parece que Usted en el contenido sólo ha alcanzado a ver niñedades y racismo. Por ejemplo, al insistir en la escena cuando Cocorí se asombra al verse por primera vez en la laguna. ¿No se le ocurrió pensar que cualquiera se asombra cuando se ve por primera vez en un espejo, como ya se lo expliqué? Pues no, pues copia en su artículo todo el párrafo, creyendo que así va a dar una prueba contundente de su afirmación de que en todo eso hay racismo solapado.

En el párrafo se lee que Cocorí vio en el espejo del agua un rostro color caimito con el pelo en pequeñas motas apretadas. ¿Y qué quería que él hubiera visto o que yo hubiera escrito? ¿Que vio a un niño blanco con bucles rubios? ¿O cree Usted que así sería más linda esa carita encantadora que yo y todos los niños le vemos a Cocorí? ¿En qué pecó al decir que un niño negro es negro? ¿O tal vez la razón oculta —pues ante tanto dislate no puedo adivinar otra— es que a Usted ante un espejo le gustaría verse blanca y rubia? Todo parece indicar que sí. ¿Y quién es el racista entonces? Pues es inexplicable su insistencia en calificar de racismo el hecho de que un negro al verse en un espejo se vea negro.

Luego le da con la llegada del barco. Es un barco grande, en comparación con los pequeños botes de los pescadores. Como usted anda buscándole símbolos y tres pies al gato, considera que es despectivo para los negros que el barco sea grande y los botes pequeños. ¿Ha visto en alguna parte del mundo en que los botes sean los grandes y los barcos los pequeños? También le molesta que los pescadores del pueblito salgan a recibir al barco alegres y hospitalarios. ¿No ha visto a la gente salir contenta y curiosa a la pasada del tren? ¿O qué querría? ¿Qué le hubieran echado escupites al barco? Y, si lo hubieran hecho así ¿ya no habría racismo en la novelita?

¿Y la rosa? Porque también le da contra la rosa. Y la rosa no era *blanca*, era *rosada*, el color comúnmente aceptado como el color de la ilusión, así como una rosa es comúnmente utilizada como símbolo de la belleza frágil y efímera. Y esa belleza efímera era el resortillo que iba a encadenar el argumento. Y si el racismo, según Usted, es cromático, no olvide que la rosa era rosada, que el milagro cocodrilo, verde, y que la bocaraca, gris con manchas. ¿Y de ahí qué?

Hay además otra línea argumental o ideológica en la novelita. El tema de la vida, la muerte y el sentido de la vida. Todo al alcance de los niños. ¿No se dio cuenta de eso? Gracias al cariño de la mamá de Cocorí la vida efímera de la rosa se convierte en la vida permanente del rosal. Eso, para usted, es una iniquidad y significa, según su interpretación de los símbolos, que yo colonicé a rosalazos a una comunidad de negros.

Lo que lamentablemente me estoy viendo forzado a creer, es lo que usted confiesa textualmente en su artículo: que yo le ayudé a salir del anonimato. Eso es lo que le interesa en el fondo, parece. Pues, le repito, lo que debería interesarle, si de veras está dispuesta honestamente a luchar contra el racismo, que, le repito, existe si duda en nuestro país, es hacer algo concreto por nuestros negros de Puerto Viejo, de 26 Millas, de Siquirres, por nuestros indios de Talamanca o de Guanacaste. Ellos son los que me interesan a mí y perdone, pero Usted no.

Nota aclaratoria: Este material ha sido modificado de su versión original para su conservación y restauración.